

Implicación y sobreimplicación¹

René Lourau

La noción de implicación puede ser rastreada, en sus usos epistemológicos, sociológicos, psicológicos, por ejemplo, en Bastide (1950), Piaget (1950, 1977), Devereux (1967, 1980), Lourau (1969, 1981, 1988), Bohm (1980, 1987), Morin (1982,1986). Pero al mismo tiempo esta palabra, proveniente sobre todo del Derecho y las Matemáticas, es frecuentemente empleada fuera de todo contexto teórico. Desde hace algunos años tiende a competir con otras palabras de una similar nebulosa ideológica, como "compromiso", "participación", "investidura afectiva", "motivación", etc.

El presente texto no sintetiza los aportes de los autores citados antes, no más que los aportes de muchos otros investigadores en Sociología aplicada, en Antropología y en Análisis Institucional. Se limita a intentar explicar una desviación utilitarista de la noción de implicación.

Implicación produce sus metástasis no sólo en el campo de la formación, de la salud y el Trabajo Social, en los cuales se puede decir, invirtiendo una fórmula aplicada a los países del Este europeo, largo tiempo bajo la dominación comunista, que la Ideología ha sido reemplazada por la Psicología. Muchos otros campos socio-profesionales están tomados. El término se insinúa incluso en el idioma de palo de los medios, de la política, de la empresa. Hasta en la "comunicación" no se trata más que de implicarse en la utilización de la máquina interactiva. Yendo al extremo, uno no se comunica, más o menos bien, como usted y yo, uno se "implica".

El origen de este uso voluntarista, productivista, utilitarista, supuestamente pragmático de la implicación, es quizás una mezcla de influencias cristianas, existencialistas, fenomenológicas, psicologistas. "Yo me implico", "Él no se implica lo suficiente", etc.; estas fórmulas comodín se tornan equivalentes a las viejas versiones del tipo "Yo me comprometo", "Él no se compromete realmente".

Estas fórmulas constituyen juicios de valor, sobre uno mismo o sobre los demás, destinados a medir el grado de activismo, de identificación con una tarea o una institución, la cantidad de tiempo-presupuesto que se le dedica (estar allí, estar presente); como así también la carga afectiva invertida en la cooperación. Es una especie de virtud teologal, la "presencia en el mundo". Después del Protestantismo, el Catolicismo social la ha preconizado, a fin de reducir la distancia entre la jerarquía y "el pueblo de Dios", entre los patrones y los obreros, entre los grandes propietarios y los trabajadores agrícolas. Tal es el supuesto teológico de esta ideología. No debe sorprendernos que se mezclen también, en Oriente como en Occidente, aportes no directamente religiosos: el sincretismo es un elemento de éxito para el implicacionismo.

¹ Conferencia dictada por René Lourau en "El Espacio Institucional. La dimensión institucional de las prácticas sociales", encuentro organizado por la Asociación Civil "El Espacio Institucional", en Buenos Aires, del 21 al 24 de Noviembre de 1991.

La inflación del implicacionismo torna cada vez más difícil el uso de la noción de implicación en el marco teórico del Análisis Institucional, utilizado por un cierto número de investigadores. La noción de implicación nació en ese marco bajo la influencia de la contra-transferencia institucional en Psiquiatría y bajo el efecto de la intervención socioanalítica. Muchos otros investigadores la utilizan como una noción errática, sin nexo con una teoría de conjunto. Incluso aquellos que se refieren eventualmente a Devereux, o bien a una variante de la fenomenología moderna, no siempre escapan a la derivación solitaria del concepto.

Si sólo se tratara de una discusión semántica no se hablaría más del tema, o quizás bastaría con encontrar otra palabra, otro representante de la cosa, otro significante (en la lingüística saussuriana), u otro *representement* (en la semiótica de Peirce). Ahora bien, si los significantes y *representement* en general se dejan manosear sin protestar demasiado ("democracia", "orden", "progreso", "liberalismo", "socialismo", "revolución", etc.), exigen del investigador un tratamiento menos brutal. Si el investigador toma en serio no sus resultados más o menos insólitos, sino su neurosis de explicación y más aún su neurosis de comunicación, no puede permitirse el imponer un sentido a las palabras de la tribu para luego gemir cuando la tribu continúa usando esas palabras de acuerdo a las leyes de gravedad y a las estrategias de los intercambios cotidianos, teledirigidos por las bolsas de Tokio o de New York.

La desviación del sentido es parte del trabajo del concepto, ya que el concepto, como la madera de la construcción, trabaja. El sentido que, sobre las exhortaciones mágicas de los sociólogos neo-positivistas se trata de establecer, no es más "puro", contrariamente a lo que sostenía Mallarmé en su famoso *Brindis Fúnebre* ("Dar un sentido más puro a las palabras de la tribu"). El sentido que se trata de establecer es otro. Está ajustado a una estrategia. Encontrar otra palabra, e incluso, en último caso, un signo abstracto, una señal como el signo matemático de la implicación - y por qué no el de la inclusión-, esto constituye un desplazamiento de la cuestión, no una mejor respuesta.

La carga semántica de la palabra es la presencia activa, llamativa, obscena, de su devenir; es su relación con el juego de las fuerzas y las formas sociales (la institucionalización). Es casi imposible analizar el devenir sin intentar describir en qué él nos analiza, el analizador de todas las cosas, el partero de la contradicción permanente, que integra tanto las hacedoras de ángeles y las técnicas contraceptivas, como la nueva tecnología de la procreación artificial y los nuevos Prometeos de blusa blanca. Semejante trivialidad, bien teorizada por los filósofos árabes de nuestro Medioevo, parece desconocida para los modernos partidarios del cientificismo que están en el candelero.

La génesis teórica del concepto de implicación, elemento importante de su actualización en una teoría de las Ciencias Sociales, no ofrece dificultades insuperables. No ocurre lo mismo con su génesis social. Exponiendo brevemente la inestabilidad teórica del implicacionismo, he indicado la tendencia. Toda una investigación, por otro lado apasionante, deberá llevarse a cabo para describir la génesis social y al mismo tiempo, corregir, incluso invalidar, lo que tenga de excesivamente esquemático el bosquejo que presento. La génesis social del concepto de implicación obliga a la Sociología, si no quiere ser un discurso semi filosófico sobre lo social, a recibir en pleno rostro las contradicciones más desagradables, y nos obliga a moderar nuestro optimismo profético.

Así lo entiende Jacques Guigou (1987): "La creciente velocidad con la que se institucionaliza la investigación, exige una especie de censura burocrática sobre todo aquello que de la vida cotidiana de los

investigadores, se constituye en parásito de la lógica llamada *científica*. Señalando que el "síndrome de la implicación afecta a tal punto a los investigadores en Ciencias Sociales y a sus maestros que la confusión más completa se ha difundido a propósito de este concepto", Guigou pone en evidencia la siguiente paradoja: mientras que el implicacionismo y la moda de la implicación hacen furor, la investigación se burocratiza y se encierra cada vez más. Si el sistema habla de implicaciones es para impedir que sean develadas. "Implíquese, re implíquese, pero no analice sus implicaciones", le hace decir Guigou al sistema. De hecho, la forma pronominal refleja del verbo *implicar*, señala no solamente esa virtud teologal que invocábamos más arriba, sino más precisamente el sobretrabajo exigido en aras de la producción de una plusvalía, de una rentabilidad suplementaria.

No se trata solamente del deber de estado que consiste para los cristianos en ejercer correctamente su oficio, a fin de probar que no están afuera de este mundo. Es lo que Jules Celma (1971) llama la "explotación de la subjetividad", que sucede a la explotación de la objetividad del hombre en el trabajo alienado. Formas de la sobreexplotación y de la sobrerepresión en el sentido de Marcuse.

Por esto estamos autorizados a proponer el término de *sobreimplicación* para designar aquella desviación del concepto de implicación relacionada con la subjetividad-mercancía.

.....

La implicación es un nudo de relaciones. No es ni "buena" (uso voluntarista), ni "mala" (uso jurídico policial). La sobreimplicación, ella es la ideología normativa del sobretrabajo, de la necesidad de "implicarse". Lo que para la ética, para la investigación, para la ética de la investigación, es útil o necesario, no es la implicación, siempre presente, sino el análisis de la implicación ya presente en nuestras adhesiones y no adhesiones, nuestras referencias y no referencias, nuestras participaciones y no participaciones, nuestras sobremotivaciones y desmotivaciones, nuestras investiduras y no investiduras libidinales...

Un ciudadano que participa de cerca o de lejos en quince asociaciones y vota regularmente no está más "implicado" ni "se implica" más que aquel que sólo forma parte de dos asociaciones y no va jamás a depositar su boleta en las urnas. Es más participativo, está más comprometido. Las implicaciones del no participacionista no son menos fuertes que las del participacionista. Ambas deben ser analizadas. El ausentismo y el abstencionismo no son formas de no-implicación. Son actos, comportamientos, tomas de posición éticas, políticas. La desertión, la defección son tan significativas (como lo ha señalado Hirschman) como la toma de palabra participativa, incluida la contestación participativa o la participación contestataria. Si la participación, el compromiso en cierto sectores de la vida social (y no necesariamente en todos) pueden simbolizar una adhesión, o una integración, o una identificación, a la inversa, la desertión y la defección pueden simbolizar una desafección -que es una fuerza altamente instituyente- como vemos desde hace un año en los países del Este europeo.

En un antiguo estudio (1969) traté de mostrar cómo la ideología participacionista, muy activa inmediatamente después de los movimientos de 1968, apuntaba a retomar las riendas después de la grave crisis que había afectado a una gran parte del sistema institucional. Durante los dos decenios transcurridos desde entonces, la obsesión del "retorno a los valores seguros" prueba la profundidad de la desafección y la necesidad de una propaganda de la sobreimplicación.

Entre el aspecto activo (activista) de la sobreimplicación y el aspecto pasivo de la implicación ya presente, la oposición es una apariencia que conviene superar. La sobreimplicación, el activismo, si son analizados, pueden presentar aspectos extremadamente pasivos: sumisión a las órdenes y consignas implícitas del nuevo orden económico y social deseoso de rellenar las grandes brechas producidas por la desafectación como así también por la desocupación más o menos institucionalizada. La implicación, por su parte, debe ser analizada individual y colectivamente, lo que supone una actividad intensiva y muchas veces penosa. La implicación, resistiendo el análisis, no es pasiva en sí misma. Actúa con fuerza en la sombra en la que la sobreimplicación, como señala Guigou, trata de mantenerla, de camuflarla.

También es cierto que la sobreimplicación interfiere en el análisis de la implicación cuando aislamos, por ejemplo, psicologizándolo, uno de los campos de análisis. Devereux ha tomado confusamente conciencia de ello al hablar de "situación de observación", pero sin teorizar bien los datos que él produce. Cuando la relación con el objeto ocupa todo el espacio y evacúa otros campos de implicación (Manero, 1987), a saber, la demanda de la institución, la relación con la teoría, la relación con la escritura, se psicologiza y se sobreimplica un campo. La autonomización de otro campo, por ejemplo, el del análisis de la demanda social, lleva a subestimar los otros campos como efecto, esta vez, de la sociologización. Podemos llegar hasta denegar la existencia de uno u otro campo, por ejemplo el libidinal, de la relación con el objeto, o bien aquel, igualmente oscuro y determinante de la relación con la escritura.

El nivel o campo de análisis más inmediatamente objetivo –la pertenencia, sea ésta de clase, de status, étnica, etc.- no debe hipostasiarse so pena de dejar escapar otros niveles o campos de análisis de la implicación. Sin embargo, no conviene inclinarse por la explicación multiuso de "lo imaginario", si bien lo imaginario no está ausente en lo absoluto en la implicación y sus "insights" sobreimplicacionales.

En el viejo vocabulario marxista-militante, los intelectuales, a fin de exorcizar su vergonzosa pertenencia "al otro lado de la grieta" (como diría Jack London), inventaron el concepto típicamente teológico de "postura de clase", mágico resultado de su "compromiso". Posición imaginaria que evitaba enfrentar el análisis de las implicaciones reales y generadoras de falsa conciencia en el sentido de Mannheim o de Gabel. Es lo que denuncia con vehemencia, la víspera de su muerte, una célebre terrorista, Ulrike Meinhoff (1977). Como el marxismo institucional o incluso terrorista ya no puede decentemente recurrir a la noción de "postura de clase", los nuevos ropajes del implicacionismo están dispuestos a rejuvenecer las viejas lunas "progresistas". Desde el punto de vista de una Sociología de la "intelligentzia" tenemos derecho, como traté de hacerlo (Lourau, 1981) de definir al intelectual por su rechazo a analizar sus implicaciones, rechazo disimulado, una vez más, bajo la retórica de la sobreimplicación, de la participación en la universalidad del "progresismo".

La sobreimplicación es el "plus", el punto suplementario que el docente acuerda al trabajo del alumno si sus cuadernos están prolijos (es así que mi hija trajo triunfalmente un 21 sobre 20 en Matemáticas, materia en la que brillaba). La sobreimplicación está compuesta igualmente por virtudes exigidas en las grillas de evaluación de empleados y jerárquicos. El Comité de la empresa TFUN, cadena de televisión privatizada en manos del Rey del Hormigón, Francis Bouygues, promovió un sistema de calificación sobreimplicacionista que comprendía además de "Coraje-Tenacidad-Voluntad de Éxito", el rubro "Implicación- Estado de ánimo" (Liberation, 5 de Febrero de 1988, p. 7). El proyecto de grilla Bouygues muestra bien que se trata de exigir un suplemento de espíritu, garante de un

sobretabajo directamente productor de identificación con la institución e indirectamente productor de plus-valor, no a favor del trabajador colectivo, cuya cooperación en lo bajo de la escala reposa también y sobre todo en la resistencia, sino a favor del empleador. Es la autogestión o la co-gestión de la alienación.

La desafectación silenciosa (en el sentido en que Bernanos hablaba de apostasía silenciosa, a propósito de sus correligionarios cristianos), si apunta a lo instituido, es directamente producida por lo instituido.

¿Quién fabrica la seropositividad de la desocupación gigantesca, si no el sistema político-económico y su filosofía "liberal" que trasciende la cuestión de la felicidad, la deniega con una fuerza y una violencia equivalente a la que ejercía la dominación teocrática? He aquí lo que hay que disimular a toda costa, taponándolo con la nueva "explotación de la subjetividad" -no tan nueva, si pensamos en las Cruzadas, en las guerras modernas, basadas en la conscripción y la obligación del patriotismo, en los totalitarismos, viejos vampirizadores de la subjetividad, como son los del siglo veinte. "Detrás de la sobrepolitización nazi o estalinista, se produce y reproduce, en efecto, la represión sistemática de la política", señala J.M. Vincent (1987).

La sobreimplicación no es -pero puede transformarse en- una herramienta de sobrepolitización total. Ya no es la Psicología (el psicoanálisis) que deviene ideología, es lo inverso: "la ideología se ha convertido en la psicología de varias docenas de obreros, kolkhocenos, agrónomos, docentes, médicos y dirigentes". En esta enumeración a lo Prèvert, Leonid Abalkine, importante burócrata de la investigación en la URSS, olvida desgraciadamente... a los investigadores. (*Le Monde*, traducción de un extracto de Komsolskaya Pravda, Febrero de 1989).

Esta O.P.A. de la ideología sobre el psiquismo se manifiesta en muchos sectores. "Impregnados de armonía evangélica y contestataria, los dominicanos del Ciervo muestran un sonriente desprecio por lo que ellos tachan de juridicismo o de formalismo (...) Lo único que importa es participar con recíproca confianza en el equipo de los religiosos y laicos que anima la Casa". Así, Michel Carrouges, especialista en "máquinas célibes", describe, divirtiéndose, el convento -casa editora- centro cultural bien conocido (1974).

Partido, Iglesia... ¿y la empresa? "En la fábrica, el "nosotros" es utilizado en un sentido que, extrañamente es casi el opuesto al que encontramos en el diccionario: esta pequeña palabra, que habitualmente remite a una idea de comunidad, adquiere en boca de un dirigente un valor de advertencia y marca la diferencia que debe distinguirlo de los otros", observa el húngaro Haraszti (1979). Los otros, los obreros, dicen "ellos" para referirse a la población de supervisores, empleados de oficina, dirigentes dentro o fuera de la fábrica. El "nosotros" está cargado de un pedido de sobreimplicación. Apela a la sumisión de los obreros a través de la ficción de una comunidad no ya evangélica sino... comunista.

Abandonemos la Hungría de los años '70. Volvamos a París, en los años '80. Peter Halbherr investiga la sede francesa de una multinacional dedicada a las técnicas de la comunicación. Uno de sus informantes, "manager" de la empresa desde hace largo tiempo, describe su carrera a simple vista aberrante, en realidad absolutamente típica de la forma en que la empresa manipula la sobreimplicación de sus ejecutivos. "En cada periodo avanzaba rápidamente, **con una movilización máxima de su potencial de trabajo** (subrayado por mí, R.L.), para ser inmediatamente reubicado en un nuevo punto de partida, más modesto, que permitía un nuevo avance rápido". El

"ritual de evaluación" es repetitivo y estresante. "La implicación del empleado en ese juego es total y, en ese sentido trágica". Para Peter Halbherr se trata de la "locura institucional" (1987).

En un estudio anterior sobre la misma empresa, realizado por el equipo de Pages (1979), se lee: "Las políticas de TLTX van mucho más allá de "tratar bien al personal", que sigue siendo la regla de la empresa clásica; estas políticas se apoyan sobre una filosofía de la que pretenden derivar, no se contentan con dar para excusar la explotación, ellas exigen". Casos recientes, muchas veces trágicos, de disidencia de ejecutivos despedidos, son analizados en términos de vampirización por los actores o testigos. El contexto es descrito por Rank Xerox como de "euforia y movilización permanente". Un Ingeniero de IBM, antes de suicidarse, hablaba de "mutación de la personalidad". La selección de los futuros ejecutivos de "alto potencial", induce la creación de un "organigrama bis" para los individuos que saben rentabilizar su stress y poseen un *animus* fuerte.

Desde el punto de vista del Análisis Institucional, la sobreimplicación no es solamente productora de sobretrabajo, de stress rentable, de enfermedad, de muerte, de plus-valor, sino también de "cash flow", beneficio absolutamente neto consagrado a la reinversión, por lo tanto al crecimiento indefinido de la empresa-institución. Las relaciones sociales productivas son "cash-flowizadas". ¿La lealtad respecto de la empresa que Hirschmann compara con la lealtad que la nación, U.S. espera de parte de los ciudadanos, no es también una forma de cash-flow? Es lo que sugiere Eric Burmann: "Antes el ciudadano debía servir fielmente al Estado, garante del orden social capitalista; ahora debe extender su civismo a su actividad en el seno de la empresa, en su trabajo. Los derechos del hombre nunca fueron otra cosa que el derecho que garantiza los privilegios sociales. El deber de las masas dominadas era el de respetar pasivamente esos privilegios erigidos falazmente en derechos naturales. Hoy ellas deben promoverlos". (Texto dact. transmitido por el autor, 1987).

El implicacionismo de la sobreimplicación es la performance ergológica o deportiva (o artística), el neo-stakhanovismo que desemboca, en Japón, no solamente en los círculos de calidad como forma de recuperación del sobretrabajo intelectual y físico de la base, sino también en la institucionalización, en la reciente legislación japonesa, del *karoshi*, reconocimiento del deceso por exceso de trabajo.

La muerte por trabajo no debería espantar a los investigadores sobreimplicados en el trabajo del concepto de implicación.

.....

Estaba trabajando en el Moisés de Freud cuando, una mañana al despertarme, logré atrapar al vuelo esa palabra, "sobreimplicación". Estaba a punto de desvanecerse, como ya se desvanecían las líneas memorizables de mi sueño. Fue sólo más tarde que otras asociaciones sustituyeron a las que todavía flotaban al despertar.

La víspera de la noche del sueño había recibido un texto manuscrito fotocopiado de Fernand Deligny, "Intentos de aproximación a lo tácito", cuya lectura me había emocionado tanto como la relectura del Moisés. Me había impresionado particularmente la insistencia de Deligny en evocar al "on" como un conector "indefinido" de todo lo que es tácito o tácitamente sobreentendido en la comunicación instituida. No sé si en aquella época yo conocía el Diario Clínico de Ferenczi; en todo caso, poco tiempo después, la "intropresión" del adulto sobre el niño

se armonizaría para mí con la idea de una enorme carga del "on" pesando sobre los niños autistas como sobre todos nosotros, animales infantiles desnaturalizados.

Tal es el contexto de descubrimiento -si el término no resulta demasiado ambicioso- de la noción de *sobreimplicación*; también el origen del desdoblamiento del implicacionismo en dos contenidos contradictorios y dialécticamente vinculados. La sobreimplicación del viejo Freud en su laborioso y caótico ensayo sobre las fuentes del monoteísmo, y el carácter sumamente problemático de un Padre, de la religión judía, provocaron en mí desde las primeras lecturas, una verdadera irradiación de angustia, de angustia de muerte. El viejo padre - y mi propio padre- muerto el 24 de diciembre de 1986 - atormentado por sus mejores hijos: Jung, Adler, Rank, Reich e incluso Ferenczi; enseguida preocupado por el ascenso del nazismo, luego perseguido, exilado y muriendo lejos de su Viena, era él y ningún otro quien podía, en la ancianidad, descender a la arena y enfrentarse, para matarlo, al *Nombre del Padre*.

Ferenczi, el hijo querido e insoportable, acababa de morir. Pero de Freud a Ferenczi, de Ferenczi a Balint y de Balint a Devereux, la cadena austro-húngara, la cadena bohemia se enganchaba para mí al eslabón Deligny. De la clínica "strictu sensu", a la clínica social y de la clínica social al análisis institucional de la investigación, una continuidad busca establecerse, quizás retorcida como en la cinta de Moebius. Con interlocutores muy diversos, en Francia y en el extranjero, he notado la performance relativa al concepto de sobreimplicación. El que contribuye a dejar atrás a la vieja-novedosa problemática "subjetivismo/ objetivismo" en la que se refugian las variedades del fenomenologismo o del supuesto "antipositivismo".

Con la sobreimplicación vemos el vínculo entre subjetivismo e instrumentalismo. En este sentido el implicacionismo del sobretrabajo es paradigmático. En lo que concierne a la investigación o al "trabajo intelectual" en general, sólo he dado breves indicaciones, que hay que retomar sistemáticamente para averiguar cómo el rechazo puro y simple del análisis de la implicación (que define al "intelectual"), se encuentra con el supuesto pragmatismo del implicacionismo.

René Lourau
1987-1990

Traductora: María José Acevedo

Bibliografía

- Bastide, Roger (1950): "Sociología y psicoanálisis", PUF
Bohm, David (1980): "Wholeness and the implicate order", London.
Carrouges, Michel (1974): "Un empresariado de derecho divino", Anthropos.
Celma, Jules (1971): "Diario de un educador", Champ Libre
Devereux, Georges (1967): "De la angustia al método", Flammarion.
Guigou, Jacques (1987): "La ciudad de los ego", Grenoble, Ed. L'impliq.
Halbherr, Peter (1987): "IBM, mito y realidad", Lausanne, Favre.
Haraszti (1976). "Salario por piezas", Seuil.
Lourau, René (1969): "Crítica al concepto de participación", Utopie N°2

RENÉ LOURAU: "Implicación y sobreimplicación"

Lourau, René (1981): "El lapsus de los intelectuales", Privat.

Lourau, René (1987): "La implicación, ¿un nuevo paradigma?", Socius N° 4/5

Lourau, René (1988): "El diario de investigación. Materiales de una teoría de la implicación", Meridiens_Klincksieck.

Meinhof, Ulrike (1977): "Motines y otras cabezas", Seuil.

Manero, Roberto (1987): "La institucionalización. Introducción para una historia del análisis institucional", These, Paris 8.

Morin, Edgard (1982): "Ciencia con conciencia", Fayard.

Morin, Edgard (1982): "El método 3. El conocimiento del conocimiento", Seuil.

Pages, Max, y otros (1979): "El dominio de la organización".

Piaget, Jean (1950): "Introducción a la epistemología genética", PUF.

Piaget, Jean (1977): "Epistemología de las ciencias del hombre", Gall.

Vincent, Jean Marie (1987): "Crítica del trabajo".